

EL MEGALITISMO EN ASTURIAS; CONSIDERACIONES SOBRE EL ESTADO ACTUAL DE LA INVESTIGACIÓN

Miguel A. de Blas Cortina *

1. El estudio del fenómeno megalítico en Asturias es una actitud todavía reciente en una región en la que se vienen orientando tradicionalmente las tareas arqueológicas hacia los yacimientos del Paleolítico Superior cuya potencialidad y riqueza constituyen un estímulo comprensible. Las arquitecturas dolménicas reconocidas en el paisaje desde antiguo — la fijación de diversos topónimos alusivos es una buena prueba de ello — tuvieron un pronto reflejo, si bien esporádico, en distintas citas literarias del siglo XVIII o de principios del XIX, pero solamente en la centuria actual son sometidos a reconocimiento directo esos testimonios.

Salvo investigaciones aisladas, de fortuna diversa, es precisa la espera hasta 1973 para tener una estimación cuantitativa de la realidad de los testimonios conservados y una imagen fiable de su repartición espacial. El *Recuento de los túmulos sepulcrales megalíticos de Asturias* debido a J. M. Gonzalez se convierte así en una base de partida imprescindible para profundizar en el conocimiento del ambiente megalítico dimensionado por un catálogo que superaba las seiscientas estructuras reconocidas. Solamente a lo largo de estos últimos años — de forma restringida — se ha ido pasando de las tareas de cómputo sobre la definición externa de los monumentos a las más analíticas de excavación e interpretación de las peculiaridades estructurales de algunos de los conjuntos existentes. En ese mismo proceso de breve duración también se ha ido modificando la estrategia investigadora que si inicialmente incidía, a modo de muestreo, sobre monumentos aislados pretende en la actualidad el estudio pormenorizado de los conjuntos monumentales (necrópolis integradas por diferentes arquitecturas) cuya formación se debe a un uso continuado, a través de diferentes generaciones prehistóricas, de un mismo espacio convertido en un medio particularizado en cuya elección jugaron factores diversos de orden ideológico, territorial, económico, etc.

Con este último planteamiento fueron concebidas las excavaciones del campo de túmulos de Piedrafita de Soto (1980) y del conjunto de la Cobertoria (1981-82-83) ambos en el sector central de Asturias que constituyen las últimas novedades reseñables cuyo estudio, actualmente en marcha, es de esperar que aporte — además de los datos objetivos propios de todo trabajo de campo — sugerencias, matices o correcciones a la visión que sobre el megalitismo en el territorio asturiano hemos formulado recientemente (de Blas, 1983).

2. *La forma externa de los vestigios catalogados*

Genéricamente las manifestaciones descritas o catalogadas responden al mismo modelo de concentración monumental; es decir, las diferentes estructuras aparecen agrupadas determinando espacios monumentales cuya extensión superficial varía según el grado de proximidad de los diversos monumentos que los integran. En ocasiones el carácter concentrado o disperso de un conjunto queda determinado por las propiedades topográficas e incluso litológicas del area de emplazamiento. La escasez de planos horizontales y la frecuencia de cañadas, laderas de pendiente acusada, etc., introducen la sensación de desorden en la organización monumental, pero un análisis más detenido desvela la búsqueda del agrupamiento, en torno a un ámbito seleccionado, por encima de las dificultades impuestas por la morfología del paisaje.

Obviamente la certificación de ese orden depende de un registro cartográfico exhaustivo, ahora inexistente, de los conjuntos computados. Sin embargo, la tendencia al agrupamiento y la elección del lugar de emplazamiento parecen actitudes firmes. La realidad de ese orden parece quedar de manifiesto en los conjuntos de las Chamas de Penausén (Salas), en la mitad occidental de Asturias, donde el alineamiento intencional de seis megalitos, muy próximos entre sí, es incuestionable (de Blas, 1980). Un alineamiento similar se observa en el Llano de Vidiago o Las Campillinas (Perez y Arias, 1979); el número de casos similares es suficiente para probar esa disposición.

La cuantificación de esas concentraciones es diversa — 6 en Penausén, 6 en Piedrafita, 4 en la Cobertoria, etc. —, y normalmente nunca alcanza altas proporciones. Sin embargo, es preciso considerar que algunas de esas concentraciones pueden ser en realidad subconjuntos integrantes a su vez de agrupa-

* Dpt.º de Prehistoria y Arqueología (Universidad de Oviedo).

mientos de mayor ámbito. Así, por ejemplo, el subconjunto de Penausén se integraría en realidad en el ámbito topográficamente significativo del roquedo de Penausén y el inmediato Monte Calabazos, sector en el que se localizan otras arquitecturas megalíticas. De la misma manera habría que entender los más de cincuenta monumentos tumulares de las sierras planas en el tramo costero oriental de Asturias.

Los monumentos aislados son escasos y o bien su sentido original es en parte diferente al de sus contemporáneos o, por el contrario, son algunos factores de época histórica los que producen una apariencia diferente. Casos aislados como Santa Cruz, Abamia, Mián o La Viciella, bien pudieran ser arquitecturas supervivientes de un proceso histórico de destrucciones, impelidas en muchos casos por la roturación de suelos que anteriormente habían sido de pasto o considerados como terrenos marginales. No se puede descartar, por tanto, que algunos dólmenes solitarios en la actualidad hayan pertenecido en su época a un conjunto compuesto de varias estructuras monumentales.

En cuanto a la forma externa de cada uno de los monumentos el rasgo dominante viene dado por una masa tumular, en general bien destacada sobre el plano de asentamiento, cuya estructura no se hace visible a causa del denso manto vegetal que normalmente los recubre. El grado de conservación del túmulo y el envoltorio vegetal aludido impiden en la mayoría precisar si internamente existe o no una cámara ortostática o cualquier otro tipo de solución constructiva, aspectos solamente controlables mediante un proceso detenido de excavación.

El volumen de los túmulos varía y la expresión fiel de las dimensiones dominantes resulta impracticable ante la ausencia de un catálogo minucioso. No obstante, los mayores alcanzan 37-35 metros de diámetro y alturas entre 2-4 metros. Por debajo de estas estimaciones el límite mínimo correspondería a las plantas con magnitudes diametrales de 14-10 metros y alturas de hasta 2 metros. En todos, la definición de la altura tropieza con el desconocimiento de como serían originalmente los monumentos, ante la destrucción de la parte superior de todos los controlados, a causa de los saqueos, obra de los «buscadores de tesoros».

3. La diversidad arquitectónica documentada

Las excavaciones arqueológicas, al igual que en otras regiones, han venido probando que la ecuación *megalitismo = arquitectura dolménica*, era una simplificación excesiva de un fenómeno cultural que en su expresión arquitectónica acoge formulaciones variadas algunas de las cuales no tienen porqué constituir obligatoriamente un recinto destinado al depósito de los restos fúnebres de los miembros de la comunidad megalítica.

Lamentablemente la disposición horizontal y no superpuesta de los restos arqueológicos megalíticos — cada estructura se levanta en el mismo horizonte que su vecina — plantea un problema de difícil solución que constituye una brecha siempre abierta en la investigación: el carácter sincrónico (total o parcialmente) o diacrónico de las unidades arquitectónicas integrantes del conjunto monumental.

Teniendo presentes estas reflexiones distinguimos los túmulos con arquitectura ortostática, que en su mayoría se identifican con los denominados *tipos primarios*, de aquellas otras variedades que incluyen cámaras con aparejo de mampostería, hoyos en el suelo o estructuras internas poco claras.

a) Las arquitecturas ortostáticas

El repertorio tipológico es muy limitado: *dólmenes simples*, *cistas* o cofres megalíticos (en ocasiones probablemente dólmenes simples o de cámara muy reducida) y *dólmenes de corredor*.

En todos los casos la apariencia externa es la misma y, al margen de las diferencias por las formas o dimensiones de la cámara, la propia estructura tumular presenta divergencias notables.

En los diferentes ejemplares de los que se posee información todas las cámaras aparecen afectadas por las destrucciones y los saqueos, pero responden en general a plantas poligonales irregulares, desde el rectángulo a las formas heptagonales. El volumen interno es normalmente reducido (2,20 a 3,80 metros cuadrados de base) con una acentuada desproporción en relación con la superficie total del monumento. Esa relación — 1/132 en Santa Cruz, por ejemplo — parece un rasgo común de estas arquitecturas en las que el túmulo es el elemento dominante y definitorio. El alzado interno (con 2 metros de altura máxima en las cámaras mayores) es también modesto, aumentada en ocasiones la capacidad del hueco por el excavado del suelo sobre el que se erigió el megalito.

Los sistemas de techado se conservan en contadas ocasiones recurriéndose para ello a lajas aplanadas que clausuran el recinto. Es siempre una sola laja la empleada y a veces su entidad (3,40 metros de largo en el dólmen de Felguerúa, Tineo) realza la entidad volumétrica de la arquitectura.

Numéricamente la forma más frecuente es el dólmen simple, mientras que los de corredor son por el momento una realidad apenas documentada. Solamente en un caso (túmulo 6 de la Sierra de Pumarín)

(Bouza Brey, 1965) la longitud del corredor alcanza unas dimensiones equivalentes a las de la cámara, tratándose, además, de una construcción de proporciones modestas.

En cualquier caso el túmulo es el elemento más complejo y el sector que mayores posibilidades futuras ofrece para una elaboración tipológica marcando las diferentes tradiciones que bajo una apariencia uniforme — cuando se consideran sólo las cámaras — operaron en el largo proceso de vigencia del ideario megalítico.

En general, y salvo deformaciones posteriores, las plantas son de superficie circular aunque se observan algunas de tendencia elíptica, poco acusada. La estructura interna es mal conocida puesto que en las escasas excavaciones existentes apenas fué observada. Sin embargo, los megalitos en los que se cuenta con la disección de eses montículo permiten descubrir tendencias estructurales que prueban que se trata de un cuerpo organizado y no de un simple amontonamiento de elementos de relleno.

Es evidente la dependencia que presentan los materiales constructivos del túmulo con respecto a las disponibilidades que ofrece el entorno, pero dentro de esas limitaciones las soluciones buscadas son diferentes. Si en un ambiente pétreo como el de La Cobertoria se dota al dolmen de la Mata'l Casare I de un potente túmulo a base de bloques de piedra, en otro semejante (Penausén I) se opta por la erección de un túmulo de tierra protegido y reforzado exteriormente por una coraza de bloques cuarcíticos. Si en este último caso los empujes laterales producidos por la cámara descansan sobre la propia masa tumular, en la Mata'l Casare fueron contenidos por un doble dispositivo en cinturón elaborado con lajas de piedra acuñadas e inclinadas hacia el centro del monumento, algo semejante — en definitiva — a una sucesión de contrafuertes.

Si además en algunos de los señalados la periferia aparece delimitada sólo por la propia masa del túmulo, en otros disponía de una línea de contención compuesta por pequeñas lajas hincadas en el suelo.

Las breves alusiones que acabamos de hacer señalan como la uniformidad es más aparente que real y como distintas concepciones constructivas sólo pueden ser desveladas mediante un proceso detallado de disección del relleno tumular y como solamente la articulación de cámaras y túmulos; es decir, el total del diseño arquitectónico permitirá progresar en la distinción de áreas de implantación de tendencias diferentes, subyacentes a la — probablemente discutible — ortodoxia del ritual funerario megalítico.

Otro aspecto señalable en estos *tipos primarios* es la presencia de formulaciones plásticas en las paredes de las cámaras. Los ejemplos no son cuantiosos (de Blas, 1980) pero sí de un alto valor. Las dos técnicas: grabado por percusión o incisión y pintura están presentes y las teorías geométricas que se constatan encajan en la temática genérica del Noroeste peninsular. Ese arte funerario puede conllevar simultáneamente diferentes significados. El admisible carácter apotropaico del mismo — tantas veces señalado (Shee, 1981) — no excluye la sugerencia de que nos encontremos ante la reproducción de lo que sería el lugar en vida de los megalíticos (de Blas, 1983, 71). Las casas funerarias bajo túmulo documentadas con hallazgos notables en la Prehistoria continental durante el Bronce Antiguo (recordemos Leubingen) constituyen una referencia que no debemos dejar de lado.

En cuanto a la presencia genérica de estas arquitecturas en el territorio asturiano se aprecian diferencias que no pueden ser aceptadas como definitivas dados los límites del registro arqueológico obtenido, pero que pueden apuntar ciertas peculiaridades de la implantación del megalitismo en la región.

Sobre el repertorio actual se observa que los tipos más elementales — pequeños dolmenes o cistas — están presentes en todas las áreas conocidas. Los dolmenes poligonales de una cierta entidad monumental ocupan todo el occidente y centro de la región insinuándose su límite en el tercio oriental sobre la cuenca del río Sella (límite conocido de los megalitos con decoración pictórica).

Finalmente, los dolmenes con pequeño corredor — solamente tres ejemplares constatados — se definen exclusivamente en el sector occidental de Asturias, sin rebasar el eje natural señalado por la cuenca hidrográfica del Navia.

b) *Las variedades constructivas no ortostáticas*

En los últimos años fueron reconocidas distintas arquitecturas tumulares en las que su estructura interna — tanto por presentar cámaras atípicas como por no mostrarla netamente diferenciada — marca acentuadas diferencias tipológicas con las estructuras megalíticas clásicas.

Estos monumentos comparten en ocasiones el mismo espacio que los dolmenes simples — como sucede en las sierras de Allande y Tineo — o bien describen conjuntos independientes. Todos tienen la misma apariencia externa puesto que no hay pérdida de monumentalidad y en su conjunto se mantienen dentro del marco volumétrico correspondiente a los túmulos con cámaras ortostáticas. En la elección del espacio y en la forma de ocupar el mismo repiten también las mismas pautas. Su presencia se anota tanto en el occidente y centro como en el oriente de la región.

Todo induce a pensar que su origen se arraiga en el megalitismo con el que deben de existir relaciones de contemporaneidad y continuidad o, lo que es lo mismo, implicando estas arquitecturas un proceso de transformación estructural o ideológica o la existencia de formas de expresión monumental complementarias a lo más característicamente megalítico.

El rasgo común a todas ellas es el túmulo en su definición externa, y el diferencial la propia estructura del mismo y su organización interna, a veces poco comprensible.

Entre los que conservan una cámara diferenciada cabe señalar una serie de estructuras conservadas en las sierras peniplánizadas del sector occidental de Asturias que — reconocidas de forma muy sumaria y peor publicadas — coinciden en la inclusión en su centro de una *cella* o recinto circular, sin acceso lateral, construido con un murete de aparejo asentado a hueso. La descripción de algunos de estos monumentos (Bouza Brey, 1963) señalaba que el cierre superior se efectuaría por aproximación de hiladas determinando una falsa cúpula.

El escaso material gráfico que acompaña la publicación de estos túmulos deja en suspenso la aceptación de estos detalles, especialmente la solución del techado que talvez fuera sugerida por el propio desplazamiento del muro hacia el interior de la cámara a causa de la presión lateral de la masa tumular. La ausencia de ajuares complica aún más su filiación. Solamente su contacto espacial con arquitecturas megalíticas más específicas constituye una referencia orientadora.

Una serie más amplia es la referente a los túmulos sin cámara definida, substituída por pozos abiertos en el suelo o, simplemente, sin que se registren huellas que hagan presumir su existencia original.

La falta actual de las cámaras puede responder a razones independientes del diseño primitivo; destrucciones, saqueos, extracción de los materiales para su aprovechamiento en épocas posteriores, su disposición periférica y no central o, en última instancia, el empleo, siempre a considerar, de materiales perecederos como la madera.

La duda ante una calificación definitiva — cuando no hay un análisis correcto mediante excavación — debe ser en estos casos una actitud obligada. No obstante, las evidencias son firmes en algunos casos.

En Las Campillinas (o Capilluca I) en las *sierras planas* de la Asturias oriental el túmulo recubría un hoyo abierto en la roca madre cerrado por una placa de piedra (Fernandez Menendez, 1931). Algo similar se observa en la necrópolis de Campiello (Tineo) en la que a la existencia de huecos en el «solum» se sumaban grandes trozos de madera carbonizada siguiendo una disposición radial hacia el centro del túmulo (Jordá, García Domínguez y Aguadé, 1972).

Otros monumentos — como el grand túmulo de Berdedo cuyo interior encerraba dos montones de forma elipsoidal, a base de piedras o el denominado Altu la Mayá III en el que todo sugiere que nunca dispuso de estructura interna alguna — expresan la complejidad de toda esta serie de edificaciones tumulares.

Una última necrópolis excavada en 1980, ahora en estudio, — Piedrafita en la cuenca media del Nalón, sobre el sector central asturiano — reunía túmulos al parecer sin cámara, talvez substituída simbólicamente por un círculo de piedras en la base de la estructura sin una función arquitectónica clara. Prueban, además, estos túmulos, el empleo durante su construcción de grandes fuegos delatados por una capa cenicienta de hasta medio metro de espesor (Piedrafita IV).

4. *El repertorio instrumental asociado a las diferentes arquitecturas*

En cualquiera de los modelos arquitectónicos aludidos en los epígrafes precedentes el inventario de los elementos de ajuar es muy limitado, cuando no inexistente. A pesar de que en parte tal situación es fruto del magro volumen de las investigaciones modernas parece evidente que la sobriedad, o la pobreza, es el rasgo destacable, exhibiendo un repertorio tipológico muy corto y una gran uniformidad en las materias primas empleadas.

La ausencia de cerámicas es una circunstancia llamativa (¿empleo de recipientes de materiales corruptibles o desestimación de estos artículos como propios de una ofrenda fúnebre?). Las hachas de piedra pulimentada son el hallazgo común en las arquitecturas ortostáticas y varios de los túmulos de características diversas (Piedrafita IV, por ejemplo). Casi todas están confeccionadas sobre rocas tenaces y su empleo instrumental previo parece probado por las fracturas y desconchados que suelen presentar en el talón y filos. Ocasionalmente se documentan piezas de una gran calidad (dolmen de Santa Cruz) cuyo uso no tiene nada que ver con actividades económicas y así con un papel suntuario o simbólico.

Las rocas empleadas no son exóticas lo que aboga por el carácter local de los productos, hecho que encaja bien con la falta de elementos alógenos que prueben la circulación de artículos prestigiados o de cualquier producción foránea.

Frente al registro relativamente común de las hachas, los elementos laminares son escasos y de un valor diagnóstico muy limitado. Más significativas son las puntas de retoque plano bifacial — todavía muy raras, por otro lado — que significan una cierta referencia cronológica y que se asocian a estructuras probablemente tardías.

La revisión de los túmulos investigados no aporta innovaciones, salvo algunas piezas como el hacha-cinzel de Campiello que podría corresponder a un momento terminal del megalitismo contemporáneo con los inicios de las sociedades metalúrgicas.

En todo caso llama la atención el hecho de que frente a la pluralidad estructural de las arquitecturas reconocidas parece mantenerse una cierta homogeneidad en los hallazgos que no contradicen por su carácter arcaizante y tradicional a los propios de las estructuras dolménicas.

Queda, como siempre que analizamos monumento saqueados, la duda sobre la composición real de los ajuares. ¿Era selectivo el saqueo o eran selectivas las ofrendas? En otras palabras; la ausencia de pequeños elementos de ajuar — que siempre pasarían inadvertidos a los buscadores de tesoros — y de materiales sin valor intrínseco, ¿ implican pobreza en las ofrendas o que, por el contrario, sólo se depositaban algunos objetos de cierto valor, por tanto identificables por los violadores?

El hallazgo de un anillo de oro en el dolmen de la Mata'l Casare, como *único elemento de ajuar*, — aunque este testimonio corresponde ya a un Bronce Antiguo — o el tubo también de oro del dolmen del Chao das Chaguás (Boal), tal vez hablen en ese sentido.

5 — El emplazamiento de los conjuntos arquitectónicos y sus implicaciones

La localización en el paisaje de las estaciones vinculadas al fenómeno megalítico aporta indirectamente diferentes posibilidades de aproximación al desenvolvimiento cotidiano, en distintos niveles, de las sociedades que los erigieron, en su articulación con los medios físico y biológico, en función de un determinado modelo económico, en su relación con la topografía; puntos dominantes, significativos o estratégicos, etc., tras lo que pueden vislumbrarse actitudes políticas o jurisdiccionales (*territorialidad*) o ideológicas.

Las manifestaciones dolménicas y tumulares en Asturias están presentes con diversa intensidad en todo el territorio de Este a Oeste. A lo largo del límite meridional, en contacto con la Cordillera Cantábrica muestran los testimonios una repartición desigual. La penetración hacia la cordillera se hace más manifiesta en el tramo central de la región donde se conocen estaciones por encima, incluso, de los 1300 metros sobre el nivel del mar. La densidad forestal desde la *fase atlántica* en algunas áreas del Suroeste (Degaña, Ibias, Cangas del Narcea, etc.) pudo, presumiblemente, haber significado un freno para la expansión de las comunidades megalíticas, pero siempre es preciso contar con el carácter incompleto del inventario que ahora manejamos. Además, no existe todavía un repertorio de análisis palinológicos de los suelos antiguos cubiertos por los túmulos, salvo los que se hayan en proceso de elaboración a partir de muestras de Piedrafita y de la Mata'l Casare, cuyo valor se limita al entorno de tales asentamientos.

En líneas generales los emplazamientos controlados se distribuyen desde las áreas más elevadas — con la excepción de los Picos de Europa — hasta las zonas de media montaña y cordilleras litorales, localizándose algunos grupos próximos al borde marítimo.

Las diferencias cuantitativas son notables y si escasean los testimonios en las áreas bajas, las máximas concentraciones se producen en los concejos centrales de la Asturias occidental, en el ámbito de las cordilleras erosionadas, rematadas por grandes planicies donde probablemente fueron más frecuentes los espacios abiertos, con menor boscosidad.

En ocasiones permite ese paisaje de media montaña la huída del valle y el desarrollo de los caminos antiguos obviando las dificultades topográficas. El camino viejo de Galicia en su travesía de los tramos altos de la Sierra de Carondio coincide con varios conjuntos megalíticos, sugiriendo los itinerarios empleados por los pastores prehistóricos. Estos planteamientos no son nuevos y su empleo debe incidir siempre sobre espacios limitados perdiendo su valor cuando se generaliza a escalas macroespaciales en algunos trabajos recientes de gran ambición (como ocurre en Higgs, 1977, 167-169).

En cualquier caso se hace indiscutible un objetivo; la búsqueda de puntos topográficos dominantes o fácilmente distinguibles. En los medios de montaña se eligen zonas de extensa panorámica: tramos superiores de las laderas, collados, cumbres, etc., e, igualmente, en las áreas bajas se busca el sector bien diferenciado; pequeñas lomas, resaltes del terreno o confluencias de ríos.

Resulta inaceptable la formulación de una hipótesis única que explique esa constante en la selección de un espacio relevante con respecto a su entorno. Probablemente actuaron al mismo tiempo factores tan diversos como las formas de poblamiento o la necesidad de expresar la posesión del territorio por una o varias comunidades megalíticas cuyas necrópolis actuarían como límite jurisdiccional, bien como frontera, bien como centro de referencia de su espacio vital.

Simultáneamente el lugar particularizado por la necrópolis compondría un ámbito especial, un anclaje emotivo para las sucesivas generaciones que lo utilizan y si se acepta la interconexión entre religión y muerte, un probable lugar sacralizado.

Finalmente, para no prolongar estas consideraciones, ¿ que se puede deducir del asentamiento de las necrópolis en relación con los habitats y la estrategia económica de los constructores?.

En primer lugar, la idea de que área funeraria y área de explotación económica no deben de estar muy distantes, entre sí. Aún en el supuesto de que las necrópolis instaladas en áreas de alta montaña

fueran visitadas estacionalmente, al esfuerzo colectivo para la erección de tales arquitecturas implicaría la explotación simultánea del entorno y el aprovechamiento de diferentes recursos durante el tiempo de construcción: pastos en las zonas deforestadas, caza y recolección en los bosques inmediatos, etc.

Con un plantamiento teórico es presumible que los habitats se ubicaran en la intersección de las diferentes áreas frecuentadas por los megalíticos, talvez definibles en un futuro sobre la cartografía minuciosa de cada una de las necrópolis controladas. Por ahora no hay constancia arqueológica de poblados o asentamientos salvo los talleres líticos superficiales de la Sierra de la Borbolla (Llanes, Asturias oriental) que podrían estar relacionados con los túmulos existentes en la misma sierra.

También debe de ser valorado el medio natural en toda su dimensión puesto que juega no sólo en la disponibilidad de los materiales adecuados para la erección de las diferentes arquitecturas, si no que incide en la evolución del paisaje biológico y, en definitiva, en el ofrecimiento de unas determinadas posibilidades de subsistencia.

Un ejemplo más expresará mejor esta idea. El sector occidental de Asturias dominado por las rocas detríticas (areniscas, cuarcitas, pizarras) proporciona buenas canteras, circunstancia que facilitaría el hecho de que allí, precisamente, abunden las construcciones megalíticas. Ahora bien, es justamente ese medio litológico quien generó los paisajes montañosos rematados por peniplanicies conformando extensos cordales y probables áreas abiertas, tan propicias a los megalíticos como ya indicábamos líneas atrás.

La correcta lectura de los medios físico y biológico; petrología, edafología, paleobotánica, etc., configuran vías futuras para comprender la distribución espacial de los asentamientos megalíticos, su expresión monumental y las bases de sustentación económica de las poblaciones que los erigieron.

6 — Problemas cronológicos y de sistematización

La posibilidad de ensayo de la reconstrucción del proceso megalítico regional — dadas las carencias informativas tantas veces señaladas — reside por ahora en la evaluación de los tipos de asentamiento ante la parquedad y pobreza expresiva de los ajueres. El uso de las fechas absolutas es inviable por la inseguridad o error que ofrecen las muestras de carbón vegetal (sólo se dispone en el presente de tres fechas C-14, que resultan modernas). La acidez de los suelos con la destrucción consiguiente de los restos esqueléticos elimina toda esperanza de obtener el colágeno necesario para mediciones radiocarbónicas seguras. Otras técnicas actuales plantean mayores problemas, si cabe, de aplicación.

Otro factor que entra en consideración, junto con las modificaciones estructurales de las arquitecturas, es el cambio en la forma de uso, en el ritual y en la coordinación temporal y cultural de esas transformaciones.

En síntesis, la implantación del megalitismo en Asturias se presenta como un proceso de procedencia externa al propio territorio. El soporte étnico del mismo resulta desconocido toda vez que el contexto cultural y antropológico precedente se detecta exclusivamente en algunos puntos de la costa (la *cultura asturiense*) con un vacío humano absoluto en el resto del territorio. Los megalíticos, en un momento avanzado, parecen haber coexistido con los epipaleolíticos asturienses en proximidad espacial, sobre la base de modelos económicos diferentes, situación ubicada en el tramo litoral del Este de Asturias (de Blas, 1979 y Gonzalez Morales 1982).

El flujo que materializa las nuevas formas parece provenir del área occidental entroncándose con el foco galaico-portugués, sin que los contactos con la meseta o el megalitismo vasco puedan ser refutados aunque no existen indicios claros que estimulen la consideración de esas vías. En este sentido una propuesta de comprensión del proceso megalítico podría formalizarse en las siguientes fases:

- Posible extensión de megalitismo con la construcción de dolmenes poligonales simples previos a la llegada de los de corredor.
- Posteriormente, o al mismo tiempo, difusión de la plástica parietal megalítica que entroncaría en sus técnicas y concepciones con los dolmenes de corredor pintados de Galicia y Noreste de Portugal y con los dolmenes poligonales decorados del Noreste gallego. Estos episodios iniciales dependen para una estimación cronológica del marco temporal correspondiente a esa fase en el N.O. y, en cualquier caso, no deberían ser posteriores al primer tercio del tercer milenio antes de Cristo.
- Reiteración de los modelos arquitectónicos iniciales a lo largo del tercer milenio, con una probable tendencia a la reducción de las cámaras y una cierta pérdida de monumentalidad. Esta tendencia operaría en la segunda mitad del milenio paralelamente a la difusión de algunos elementos industriales novedosos (puntas de retoque bifacial).
- Formulación de nuevas arquitecturas a partir de un Calcolítico avanzado que en ocasiones conllevarían transformaciones rituales (cremaciones en Piedrafita IV y Campiello, etc.).

— Coincidencia — en un momento Calcolítico y de paso a las edades metalúrgicas plenas — de estructuras dolménicas reutilizadas, cistas de tradición megalítica bajo túmulo, túmulos con pozo en el subsuelo, etc.

Todo ello perfila la fuerte raíz del mundo megalítico, generador de formas distintas y creador de una base material sobre la que se producirán los nuevos modelos, forjados bajo el influjo de corrientes culturales que como la campaniforme significan la aparición de las sociedades metalúrgicas. Este proceso tendría virtualidad entrados ya en el segundo milenio.

La propuesta de un esquema como el precedente no puede soslayar su carácter provisional, ni olvidar la complejidad de los conjuntos monumentales en que se basa, cuando junto a tipos conocidos pueden convivir otros que completan el sentido monumental de las estaciones megalíticas. Además, es plausible que algunas edificaciones tumulares «extrañas» tengan tanta antigüedad como los tipos simples.

En definitiva, son estas algunas de las hipótesis en discusión cuya invalidación o confirmación dependerán del carácter, necesario, interdisciplinar de las investigaciones futuras.

* Dpt.º de Prehistoria y Arqueología (Universidade de Oviedo).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BLAS CORTINA, M. A. de, 1979 — La decoración parietal del dolmen de Santa Cruz, *Bol. Inst. Est. Asturianos*, 98, pp. 717-757; 1980-a — El megalito de Penausén I, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 9, pp. 67-88; 1980-b (en prensa) — Arte parietal megalítico en Asturias, *IV Cong. Nac. Arq. de Portugal*, Faro; 1983 — La Prehistoria Reciente en Asturias, *Estudios de Arqueología Asturiana*, n.º 1, Oviedo.
- BOUZA BREY, F., 1963 — Túmulos prehistóricos de Asturias, *Bol. Inst. Est. Ast.*, n.º 50, pp. 75-102; 1965 — Túmulos dolménicos y círculos líticos de la Sierra de Pumarín, *Bol. Inst. Est. Ast.*, n.º 54, pp. 3-16.
- FERNANDEZ MENENDEZ, J., 1931 — La necrópolis dolménica de la Sierra Plana de Vidiago, *Soc. Esp. Ant., Etn y Prehistoria. Actas y Memorias*, pp. 163-190.
- GONZALEZ Y FERNANDEZ VALLES, J. M., 1973 — Recuento de los túmulos sepulcrales megalíticos de Asturias, *Archivum*, XXIII.
- GONZALEZ MORALES, M. R., 1982 — *El Asturiense y otras culturas locales*, (Centro de Investigación y Museo de Altamira. Monografía, n.º 7) Santander.
- HIGGS, E. S., 1977 — The history of European agriculture — the uplands, *The Early History of Agriculture*, Oxford University Press.
- JORDÁ CERDÁ, F.; GARCIA DOMINGUEZ, E. y AGUADÉ, J., 1972-73 — Notas sobre los túmulos de Campiello (Tineo) y su edad postdolménica, *Zephyrus*, XXIII-XXIV, pp. 131-152.
- PEREZ, C. y ARIAS, P., 1979 — Túmulos y yacimientos al aire libre de la Sierra Plana de la Borbolla (Llanes, Asturias), *Bol. Inst. Est. Ast.*, 89, pp. 697 y ss.
- SHEE, E., 1981 — *The megalithic art in Western Iberia*, Oxford.

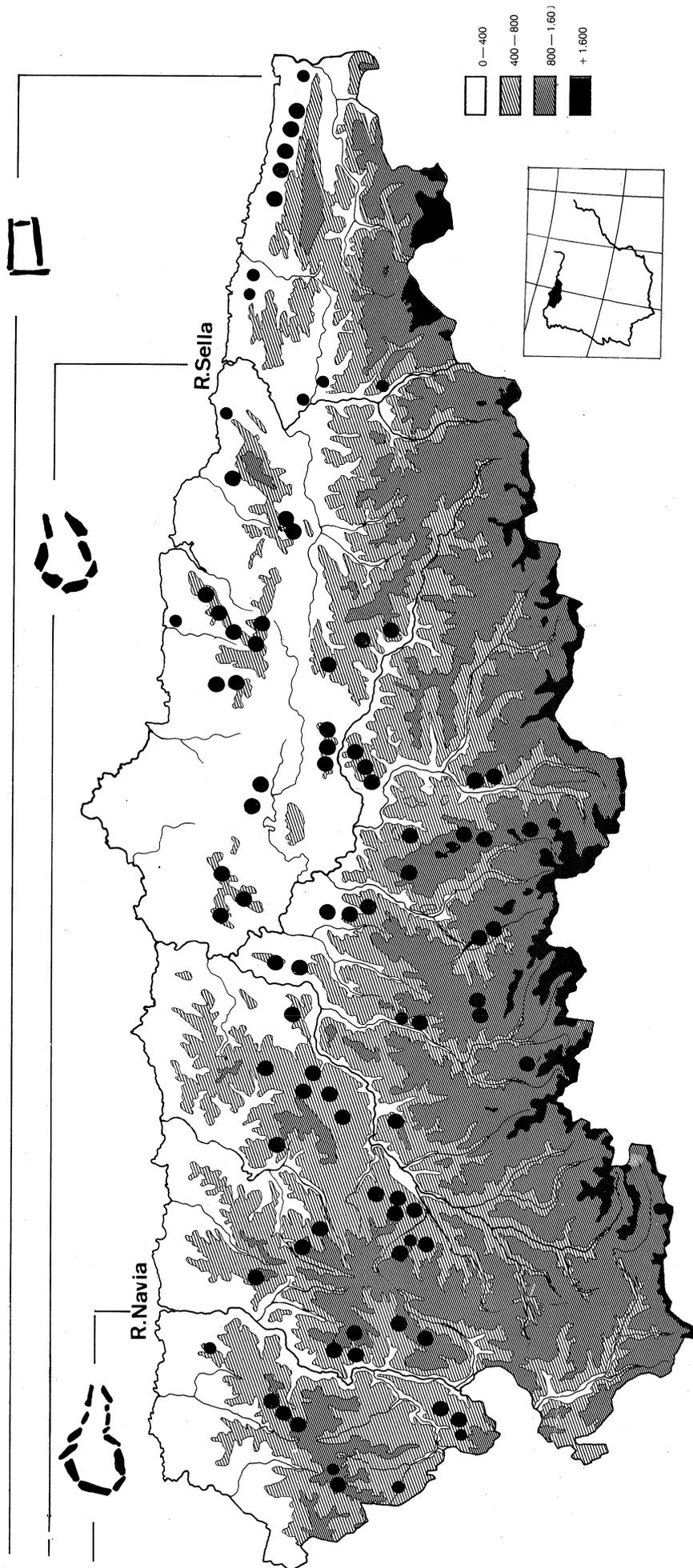


Fig. 1 — Dispersión de las estaciones megalíticas en Asturias señalándose la extensión de las diferentes arquitecturas ortostáticas.

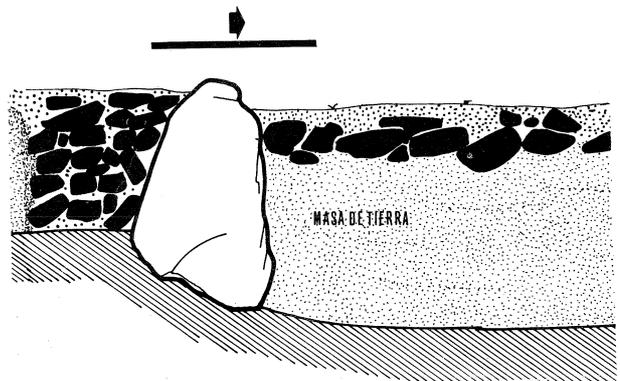
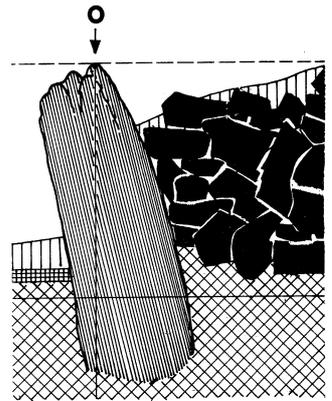
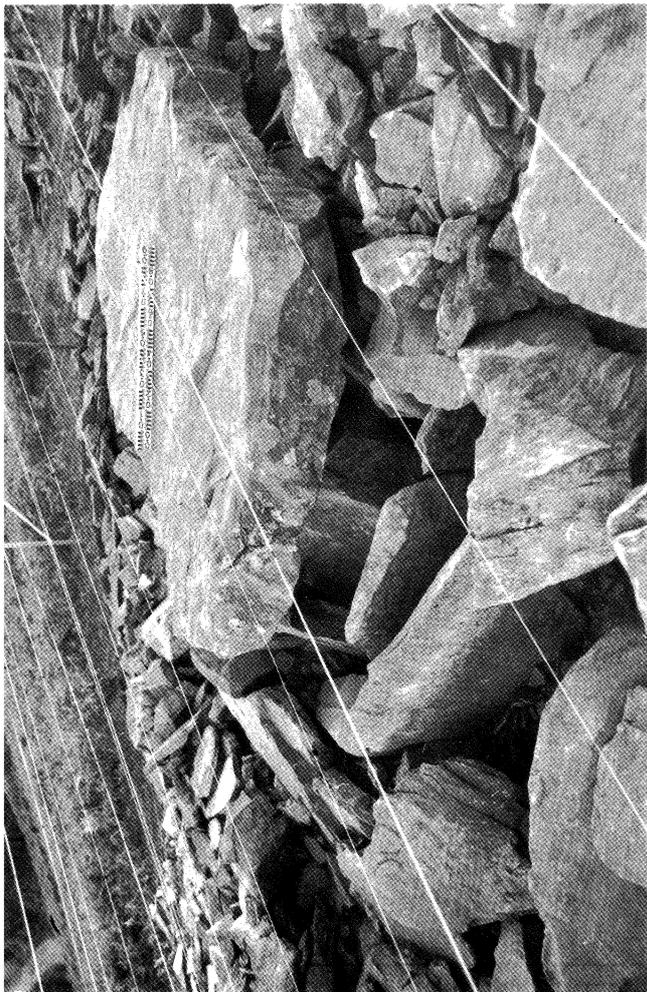
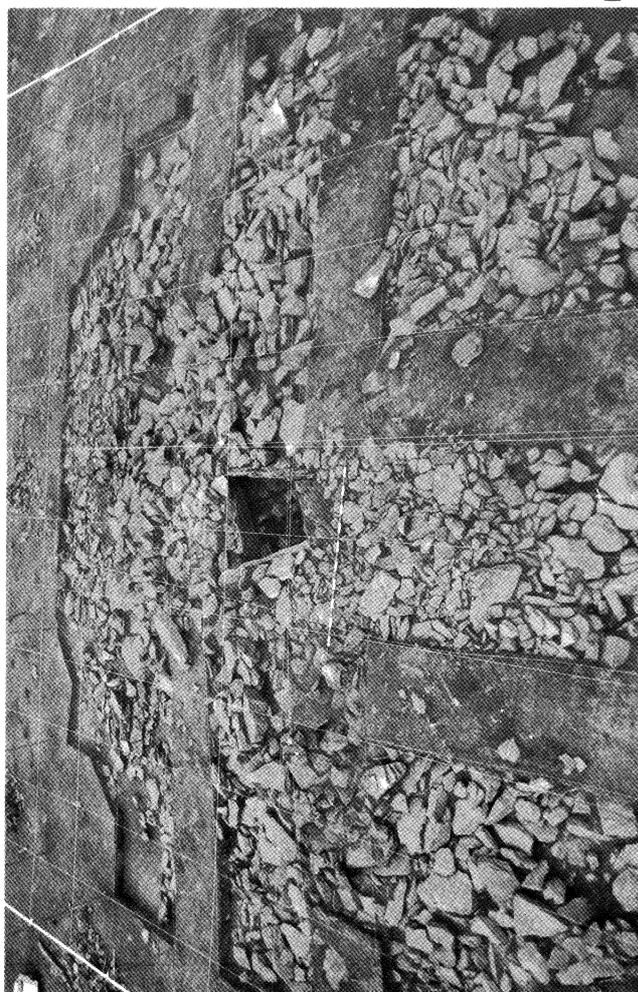


Fig. 2 — Dolmen simple de El Cantón (Asturias Central).
Estructura de bloques cuarcíticos constituyendo el túmulo.

Fig. 3 — Penausén I (Salas, Asturias centro-occidental).
Estructura del túmulo con una masa terrosa protegida
externamente por una coraza lítica y relleno de bloques
de piedra para la contención de la cámara.

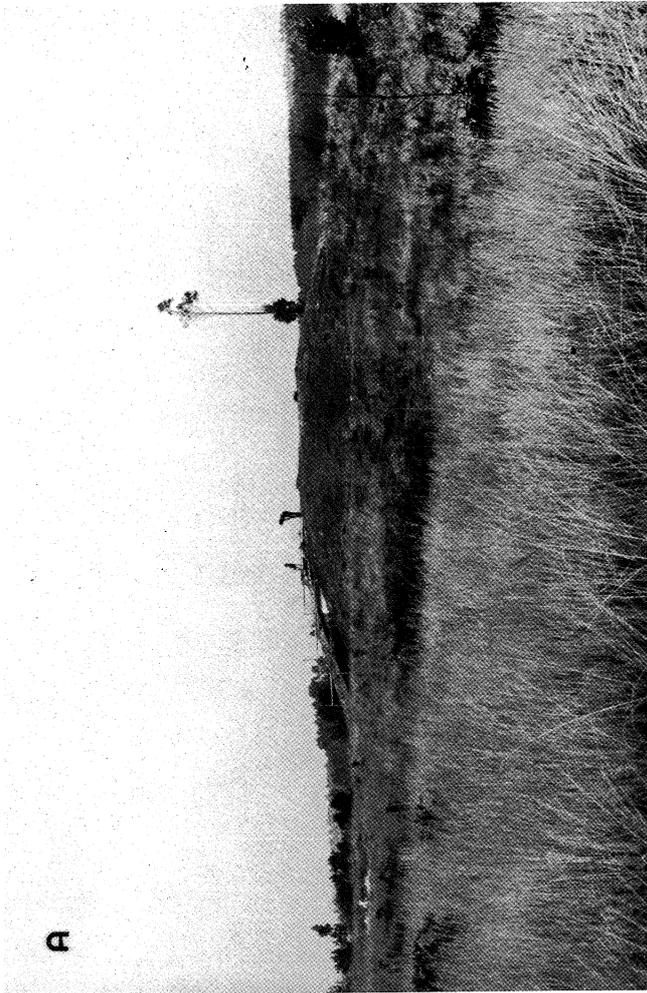


a



b

Fig. 4 — a, Mata'l Casare I (Quirós, area meridional del sector centro de Asturias). Contraste fuerte semicircular de grandes bloques protegiendo la cámara dolménica.
 b, Estructura megalítica del Prau Chagüezos, próximo a la Mata'l Casare, con el túmulo compuesto exclusivamente de bloques de piedra.



A



B

Fig. 5 — A, Gran túmulo de Silvota de Bobes I (Siero, Asturias central) integrado exclusivamente por tierras y arenas.
 B, Estratigrafía de Silbota I. Se aprecia los diferentes aportes de materiales para la construcción del túmulo, sellado superiormente por una formación podsólica..

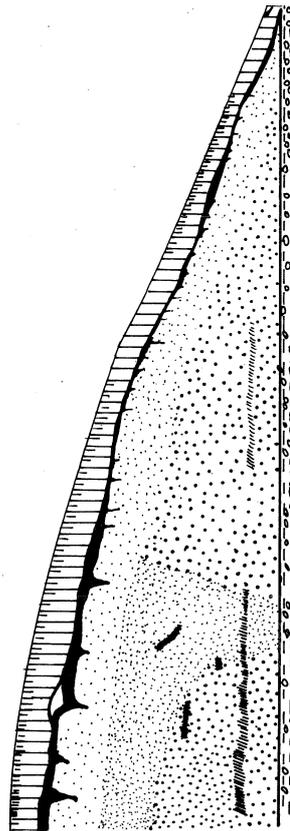


Fig. 6 — Túmulo del Altu la Mayá (n.º III) construído por materiales térreos con la total ausencia de elementos líticos y sin indicios de cámara o cualquier otra estructura interna.



Fig. 7 — Piedraíta V (Las Regueras, Cuenca del Nalón). Túmulo sin constancia de cámara y anillo lítico interno sin función arquitectónica.